

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA BANDERA Y LA POSICION.

Reinaban tres años hace, al empezar esta publicacion, en la clase de lectores á quienes peculiarmente se dirige, mas vehementes temores ó mas vivas esperanzas. Por un lado un nuevo empuje de la revolucion, por otro un vigoroso esfuerzo de la nacion vuelta en sí de su sorpresa, parecian haber de acabar en breve de una ú otra manera con aquel estado anómalo é insostenible; nuestra campaña se creia corta, ora la hiciese imposible una dispersion completa, ora innecesaria un triunfo definitivo. Pero yo ni me formé ilusiones ni desesperé de la causa; que la prueba seria larga, dije desde luego, que reclamaba no menos perseverancia que brío, y que mas eficaz remedio exigia que el advenimiento de ningún hombre y la realizacion de ningún sistema. La unidad católica, que tomé por título como resúmen de las aspiraciones religiosas y objeto principal así del ataque como de la defensa, en el gran combate que por aquellos dias peleaban la España oficial y la España verdadera, y del cual nacieron organizadas nuestras asociaciones, nunca dudé que resistiese victoriosa en este suelo á las tentativas protestantes é invasiones heterodoxas de toda clase, y que de su abolicion escrita no resultaria sino el desbordamiento y la propaganda de la impiedad mal encubierta ya desde mucho tiempo entre nosotros, y mayor audacia en ese puñado de apóstatas que poco sa-

tisfechos con no ser inquietados solo se juzgan libres inquietando las creencias públicas, insultándolas en vida, y profanando en muerte la santidad de las tumbas y la cruz que las cobija.

Sin embargo, observé perdida ó quebrantada la unidad nacional, que suele ser compañera y derivacion de la religiosa cuando florece esta en su mayor pureza; señal de que habia ya degenerado mucho aun en los creyentes el espíritu de catolicismo, que animó constantemente y unió mas que ningún otro lazo y á pesar de cualesquiera diferencias la nacion española, manteniendo en la próspera y en la abversa fortuna su carácter, y haciéndola capaz de grandes cosas hasta en el extremo de su decadencia. Ahora, qué mudanza! sin inteligencia, sin voluntad, sin fuerzas, pasiva como un cadáver, se deja traer y llevar por pandillas que ya no partidos, materia dispuesta para cualquier ensayo é implantacion, para la anarquía igualmente que para el despotismo, para el tumulto como para la servidumbre. Á juzgar por las obras no parece que se acuerde de lo pasado, ni que se duele de lo presente, ni que se inquiete del porvenir; y si hemos de apreciar sus ideas y sentimientos por la representacion que se atribuye la prensa ó por el resultado que arrojan las urnas, no se obtiene mas que un disonante ruido de encontradas pretensiones y de recíprocos odios incapaces de avenencia. Tres años debian haber bastado para que los abatidos se reanimaran, los discordes se en-

tendieran, y los desengaños y el pundonor y el patriotismo comunicaran á la opinion aquel impulso unánime y esforzado que acaba por triunfar. Nada en este período ha quedado por sufrir, ninguna vicisitud por que pasar; juntas, gobierno privisional, regencia, un ministerio cada mes, unas cortes cada año, dos años de interinidad en busca de rey, catorce meses de reinado en busca de súbditos adictos y sinceros. La nacion nada sostiene y nada rechaza; si la constitucion nueva está en perpetua suspension y la dinastía nueva en permanente crisis, no es culpa de indocilidad su a, y podrá mañana dejarlas derribar, mas no será ella quien las derribe.

Y á ese espectáculo deplorable, acaso mas por la postracion que indica que por la índole de lo que se impone, ¿podia sin afectacion cerrar los ojos como católico y español, y permanecer mudo testigo de la deshonra y ruina de la patria? De esos trastornos, que mas bien que políticos pudieran llamarse religiosos, pues mayores han sido en esta que en la otra esfera, introduciendo el abandono cuando no la piqueta en el santuario, la miseria en el clero, el rompimiento ó poco menos con la santa sede, el ateismo en la ley, el atropello en los cánones y disciplina, el escándalo en las familias, la perversion en la enseñanza, la blasfemia en todas partes desde el parlamento hasta las plazuelas, ¿de esos trastornos habia de prescindir la UNIDAD CATÓLICA para que no se dijese que despuntaba en política? ¿Debia ni por un momento transigir con una revolucion, cuyas *conquistas* sin excepcion apenas son otros tantos despojos de la Iglesia, y dentro cuyo círculo se denominan conservadores los que meramente tratan de consolidar las hechas, y avanzados los que aspiran á llevarlas adelante, quien mas, quien menos, hasta la destruccion radical del catolicismo? Cuando son tan acomodaticias las conciencias, cuando se preconiza por órden establecido y por legalidad constituida el primer momento de descanso y la menor sombra de gobierno que al motin suceden, cuando prescribe en un dia el mas antiguo y sagrado derecho y en un dia se hacen respetables con el título

de intereses creados las mas indignas usurpaciones, importábame prevenir que el silencio no se interpretara por complaciente homenaje, y que los sentimientos de union y concordia una y otra vez inculcados en mis escritos no se entendieran extralimitados mas allá de lo que consienten el deber de cristiano y la dignidad y honor de buen patricio.

Religiosa pues y anti-revolucionaria ha sido mi bandera, y esto lo ha tenido de comun con otras muchas que mas gloriosamente y en mas estenso campo se han desplegado y ondean todavía; pero lo que la constituye, no diré precisamente excepcional, sino semejante á pocas, es el haber excluido cualquier otro dictado. Todos me han parecido, por muy bien que sonaran, contrarios á esa unidad nacional cuyo recobro debemos procurar con afan y urgencia, y á la cual no podrá encontrarse base política bastante ancha si no se conforma y mide por la estension de la católica. Al sagrado lema me abstuve meditamente de añadir nombre alguno de institucion ó de persona y aun de principio, al que por respetable y universal que sea y relacionado con la religion tal vez, hayan impreso los partidos una significacion peculiar y concreta á fuerza de apropiárselo exclusivamente. Y bandera pura y simplemente católica claro es que no habia de mezclarla en nada de lo que en vez de concordia produce division y alejamiento, que no habia de llevarla al encarnizado palenque de contiendas nada mas que civiles, que no habia de inclinarla un ápice ácia ninguno de los combatientes cualesquiera fuesen mis convicciones y simpatías personales, y que digna de la bandera habia de ser la posicion en que la mantuviese, inmóvil, firme, elevada, superior á las efimeras esperanzas y ardientes querellas, que se agitan en el terreno de lo eventual y discutible con harto perjuicio de lo irrefragable y necesario.

Aun cuando la índole de nuestra Asociacion, como estraña á la política meramente tal, no impusiera á sus directores y á sus órganos deberes especiales, aun cuando no hubiera tomado yo por divisa su recomendacion de esquivar hasta *la sombra de pretesto de con-*

fundirla con ningun partido, por carácter y por antecedentes nunca me habria afiliado, y menos en medio de conflictos que tanta union requieren, á otra causa que la de la religion y de la patria, ni asociado con esta de un modo esclusivo y absoluto ninguna de las que antes dividian á sus comunes hijos. Aspirando como por presentimiento desde 1843 á reunirlos bajo la enseña restauradora, cooperando luego por medios mas prácticos y por fáciles vias á la grande empresa iniciada por Balmes de extinguir en su foco las disensiones políticas con las dinásticas, la conciliacion, aun despues de frustrada, aun despues de irrealizable, ha seguido formando, no el ideal de mi fantasía, sino la principal conviccion de mi entendimiento, el mas vivo entusiasmo de mi corazon; sin ella no hallaba remedio posible á los males crónicos de entonces, ni veo salvacion á la aguda enfermedad de ahora. Al separarse los extremos que tratábamos de unir, no me quedó mas pasion ni mas confianza respecto del uno que del otro; y si la hubiera conservado, sucesos posteriores en ambos sentidos se habrian encargado de desmentirla. Como combatí á su tiempo los errores del doctrinarismo, las corruptelas parlamentarias, los abusos de fuerza, las influencias egoistas que desbarataron nuestro generoso proyecto, lo muestran los *Ensayos políticos* que paralelamente con la UNIDAD se publican; pero yo sin rencor por lo pasado, nunca me ensaño con los caidos, y cuando me veo obligado á hacer historia retrospectiva, procuro que sea almenos imparcial y completa. No ensalzando ventajas sino señalando defectos, no con blandos cumplimientos sino con rígidas verdades, no exhortando á la intransigencia sino al sacrificio, desempeña el escritor público su mision conciliadora; y hasta respecto de su partido, si á alguno pertenece, cumple mejor dirigiendo y templando la opinion que favoreciendo sus exageraciones.

Pero la conciliacion es imposible, se dirá: enhorabuena; pues entonces es tambien imposible la salvacion de España. Al abrir la tumba á la conciliacion, abrid otra contigua á la esperanza. ¿Esperais en partidos? «Todo par-

tido, lo acaba de decir un testimonio irrecusable, el insigne Aparici, todo partido por el hecho de ser partido no es bueno.» Y un diputado francés hace pocos dias se lamentaba así: «nuestros padres eran católicos, nosotros nos contentamos con ser del partido católico.» Ah! el dia en que los católicos españoles se conviertan en partido, ó en otros términos, el dia en que se demuestre que solo un partido tiene derecho á profesarse católico, será dia de infausto consorcio que en vez de levantar el partido á la altura de la religion, rebajará esta al nivel del partido.

Ninguna de estas reflexiones es nueva, ninguna hay que no haya inculcado mas de una vez; pero séame lícito repetir las por la última en el momento de la retirada. Tres años de asiduas tareas algun derecho confieren á descansar, ó mas bien á volver la atencion ácia otras que me la reclaman y acaso mas fructuosas en su línea. No alego para mi resolucion razones de oportunidad; no es mayor ni menor que la que pudo existir un año ó dos atrás ó que pueda ofrecerse un año ó dos mas adelante, porque la situacion sustancialmente no ha variado ni lleva camino de variar. Duran las circunstancias que hicieron conveniente ya que no necesaria esta publicacion, dura la Asociacion á quien especialmente se dedica, y con dificultad me resolviera á ponerle término, si de mí pendiese su existencia: pero LA UNIDAD CATÓLICA no cesa; la bandera y la posicion serán dignamente mantenidas por mis estimables colaboradores, con la autoridad que le añadirán algunos como sacerdotes y la mayor variedad que recibirá de plumas aventajadas. Me despido pues de mis lectores, tranquila la conciencia y agradecido el corazon, pidiendo á Dios que no sea tan duradera la triste actualidad de mis escritos de ahora como la conservan hoy los que tracé en mi juventud.

J. M. Q.



LA BENEFICENCIA PÚBLICA (*).

La asistencia del pobre por la sociedad, ó sea el deber moral, no legal, como equivocadamente suponen algunos, que tiene esta de acudir al remedio de sus necesidades en especial en las calamidades públicas, si en principio ha existido siempre en las naciones cristianas, históricamente considerada se puede decir que es de ayer. Mientras la asistencia al pobre fué considerada como un deber puramente religioso, mientras la sociedad confi6 y tuvo motivos para confiar en la observancia del precepto divino del amor, y en que no debían faltar á los necesitados los tesoros que la caridad privada habia puesto en manos de la Iglesia y que esta junto con los suyos propios les distribuía, las sociedades políticas no tuvieron necesidad de establecer la que se llama hoy beneficencia pública; y por lo tanto y en el sentido en que se toma hoy este vocablo, esta no existía. Hasta los monarcas, ó sea los jefes y entonces genuínos representantes de dichas sociedades, y los municipios sus verdaderos y naturales administradores, al distribuir sus liberalidades á los pobres, y al erigir hospitales ó asilos para los huérfanos, etc., lo hacían ó en satisfaccion de sus culpas, ó en cumplimiento de algun voto, ó en observancia del precepto evangélico, no con el propósito de atender á la de un deber social. Los monasterios ejerciendo la hospitalidad y dando abundantes limosnas á los pobres de las comarcas vecinas; las órdenes mendicantes recibiendo del rico con una mano para dar con la otra al necesitado; los hospicios y hospitales con sus puertas abiertas de dia y de noche para recoger al desvalido y al enfermo; cien distintas órdenes religiosas, y millares de cofradías y de asociaciones de artesanos establecidas para tantos y tantos fines caritativos, que era casi imposible hallar una necesidad física ó moral que no tuviese una asociacion destinada á remediarla ó á atenuar sus efectos; los prelados ó los cabildos destinando el sobrante de sus rentas á crear y dotar establecimientos de beneficencia ó de enseñanza ó á donativos para los pobres; y en las épocas de grandes calamidades todos, monjes, órdenes religiosas, asociaciones piadosas, prelados, clero y particulares, redoblando su celo, compitiendo en generosidad, ri-

(*) Tomamos este interesante capítulo de un opúsculo de nuestro distinguido colaborador el Sr. Rubió acerca de la *Caridad*, que sirve de introduccion á su tercer *Paralelo* entre el clero católico y el protestante, del cual en breve como se hizo con los anteriores daremos un extracto.

valizando en sacrificios, de tal manera luchaban contra el mal que hacían innecesaria la ingerencia en sus obras caritativas de la administracion oficial, la cual, si por ventura tomaba en ellas alguna parte, era para en nombre de Dios asociarse á ellas ó favorecerlas, no para monopolizarlas, y ni siquiera para premiar á los que mas se distinguían al realizarlas. Que no era costumbre en aquellas edades llamadas de barbarie dar premios y honores mundanos á los héroes de la caridad; ni á estos les hubiese siquiera pasado por las mientes que los actos realizados por amor de Dios y de los hombres pudiesen merecer mas recompensa que el aprecio de aquel y el agradecimiento de estos.

Mas vinieron la funestísima reforma de Lutero en Alemania, y la escandalosa é interesada revolucion religiosa provocada por Enrique VIII en Inglaterra; y primero en estos y en los demás estados protestantes que siguieron sus huellas, y donde monarcas y cortesanos se repartieron los tesoros de los pobres acumulados y puestos en manos de la Iglesia por la caridad de cien generaciones, y mas adelante en las naciones en que por efecto de las enseñanzas de una falsa filosofía se secularizaron, ó por mejor decir, se hicieron paganas las legislaciones, al ver que en todas partes crecía en proporciones alarmantes para el órden público el número de los pobres, al ver que á la manera de las plantas parásitas y venenosas que brotan al pié de los árboles mas corpulentos nacía y se desarrollaba en varios puntos al pié del árbol frondoso y en apariencia hermosísimo de las modernas sociedades la carcoma del pauperismo, plaga no conocida en las edades verdaderamente cristianas, entonces aquellos estados y aquellas naciones se apercibieron de que pesaba sobre ellos un inmenso deber moral y social respecto de los pobres, privados por ellos hasta de la esperanza de poder acudir en demanda de socorros á sus antiguos bienhechores. Y conociendo que la caridad, como hija que es del amor, no puede imponerse, tuvieron que establecer la beneficencia pública, y crear una legislacion, y fundar una ciencia que suplieran las inspiraciones de aquella virtud, pero que, espuestas en lo que tienen de práctico á los embates de las humanas pasiones y de encontrados intereses, están condenadas á marchar de sistema en sistema, de ensayo en ensayo, sin encontrar jamás, mientras no la busquen en el evangelio y en las enseñanzas que arrojan de sí diez y ocho siglos de esperiencia en el ejercicio de la caridad, la solucion de los muchísimos y pavorosos problemas que les salen de continuo al paso.

Como quiera que sea, la beneficencia pública es hoy por hoy un hecho, y un hecho cuya necesidad se deja sentir mas de cada día; ya porque de cada día, á consecuencia de la supresion en algunas naciones de los institutos religiosos y de no pocas asociaciones caritativas hecha á nombre de la que ha sido y será siempre pantalla de todas las tiranías, la libertad, y de la secularizacion en casi todas de los establecimientos de caridad, se han cegado en todo ó en parte las mil y mil fuentes por donde manaban hácia ellos los hilos de oro de la caridad individual; ya porque crecen de día en día las necesidades y el número de los pobres á consecuencia del aumento de la poblacion, del perfeccionamiento y desarrollo de las máquinas, de la competencia y del descenso de los salarios, de la decadencia del sentimiento religioso, y de otras cien causas que por sobrado conocidas dejamos de apuntar.

Mas como quiera que de esta nueva especie de caridad,—permítasenos por un instante darle este nombre,—de esta ingerencia hoy por hoy indispensable de la administracion pública en las obras caritativas, así pueden surgir grandes bienes y remedios eficaces para las modernas sociedades mas amenazadas por la plaga del pauperismo, cuyos peligros aumentan las absurdas pretensiones del proletariado, como nuevos males y mas graves amenazas para su porvenir, segun los sistemas á que someta su conducta, segun las inspiraciones á que obedezca; como este nuevo agente llamado á intervenir en las obras caritativas, así puede convertirse en ausiliar poderoso de la caridad privada y colectiva, como en obstáculo á las mismas, suscitando antagonismos y sembrando desconfianzas entre ellas y los pueblos, segun se ilumine y vivifique en los resplandores del evangelio, ó se inspire en las ideas de las escuelas de economía social anticristianas, cumple á los hombres de ciencia que militan bajo las enseñas de la fe, á los que no se avergüenzan de llevar el nombre de misericordiosos, no tan solo combatir los errores propalados por aquellas escuelas, que son por desgracia las que mas privan entre los llamados liberales hoy casi dueños de los destinos del mundo; sino muy principalmente oponer á sus funestas teorías las resoluciones prácticas que da el catolicismo, y que son las únicas que salvar pueden á las modernas sociedades por tantos y tan graves peligros amenazadas. Ved ahí algunas de las que, inspirados en la lectura de varias obras de economía social verdaderamente cristianas, nos atrevemos á formular como mas convenientes á los intereses de la verdadera caridad, que son los de las

clases necesitadas en particular y en general de la sociedad entera, y por medio de las cuales la pública beneficencia podria llegar á convertirse en caridad pública, que es el ideal á que deben aspirar y en cuya realizacion hallarian su salvacion los pueblos modernos.

La primera condicion con que deberia ejercerse la beneficencia pública, y sin la cual es inútil confiar que lleguen á realizarse nunca las demás, seria que los encargados del gobierno de la cosa pública se creyesen meros delegados de sus subordinados, representantes de sus ideas, creencias y sentimientos, no dueños absolutos de aquella; investidos del poder para obrar conforme los intereses, las opiniones y las miras de sus gobernados, no para monopolizarlo en provecho de las suyas propias. Y esto que deberian considerar como un grave deber moral siempre presente á sus ojos, deberia ser por ellos considerado hasta como un precepto religioso tratándose de las creencias y de los actos con ellos relacionados, y entre los cuales es uno de los mas importantes, tanto para el individuo como para las sociedades, el ejercicio de la caridad.

Mas por desgracia no es así, y ateos ó libre-pensadores en gran parte los que desde los modestos asientos de los municipios ó desde las sillas ministeriales rigen á las modernas naciones, olvidando ó afectando ignorar que estas, por mas que no admitan todas el mismo símbolo ó no profesen los mismos dogmas, son todavía cristianas, piensan y obran como gobernantes cual si creyesen aquellas lo que ellos creen, ó como si cual ellos no tuvieran religion ninguna. Y hé aquí por qué dado el dualismo que existe respecto de las creencias entre los pueblos y los que los gobiernan, y viendo que estos procuran por todos los medios posibles hacer de la beneficencia lo propio que de la enseñanza un instrumento de sus anticristianos propósitos, los hombres verdaderamente caritativos, á la par que reconocen su necesidad, muéstranse recelosos de ella, y temen que en vez de medicina de los males sociales sea envenenada pócima que los agrave. Sabemos cuán difícil es, si no raya ya en lo imposible, que tales hombres cierren los oídos á las sugerencias del orgullo de la ciencia, que es entre todos los orgullos el mas difícil de vencer; que contesten como gobernantes con un *Non possumus* á las inspiraciones del amor propio, y por consiguiente que cumplan respecto de la beneficencia pública los deberes que el ser representantes de pueblos cristianos les impone: pero tambien sabemos que mientras esto no se logre será aquella en vez de una ausiliar y una her-

mana, un obstáculo y una enemiga de la caridad cristiana, y un peligro para las modernas sociedades.

Otra de las condiciones que para llegar al fin indicado exigiríamos sería que los gobiernos, ora tengan en cuenta las creencias del pueblo y ajusten á ellas su conducta, ora obedezcan á las sugerencias de sus particulares opiniones ó á las exigencias del espíritu de secta ó de partido, ó no intervinieran ó intervinieran lo menos que pudiesen en el ejercicio de aquella virtud. Porque si es un principio de buen gobierno que el estado debe, en cuanto sea racionalmente posible, dejar obrar libremente al interés individual, y colocarse por decirlo así como á su retaguardia para alentarle y en caso necesario defenderle, es casi una necesidad tratándose de actos morales, á los que puede la menor coacción hacer perder el mérito que les dá el ser completamente espontáneos, de los actos morales que dejan de ser meritorios en cuanto se los aleja del bienhechor influjo de la conciencia para mas ó menos sujetarlos á las prescripciones de la ley civil.

Medio también eficaz para llegar á dicho fin sería el que, depuestas las muchas prevenciones que entre la pública beneficencia y la caridad cristiana por desgracia existen, reservándose aquella para sí la alta inspección de las obras caritativas, la tutela y defensa del pobre contra los que quisieran abusar de su debilidad, y de sus intereses sociales cuando estos pudieran sufrir algún menoscabo, pusiera confiadamente en manos de las asociaciones caritativas, laicas ó religiosas, la distribución de sus recursos; les encargara la asistencia y cuidado de los pobres, ó sea el ejercicio de la caridad, les facultara para acudir y llamar en su auxilio á la caridad privada, les amparara con su poderosa protección, y les suministrara en fin los datos necesarios para el mejor y mas equitativo reparto de las limosnas. Opinamos por el concierto, bien que obrando cada cual en diferentes esferas, de la caridad cristiana y de la pública beneficencia: porque amantes como el que mas de que el gobierno se rodee de la mayor fuerza, prestigio y dignidad posibles, así como le acusaríamos si abusando de su poder pretendiera monopolizar la caridad so pretexto de tener que vigilar por los intereses de los pobres, le tildaríamos de poco amante de su honra y de la estimación pública si cruzándose de brazos y huyendo el cuerpo á todo compromiso pusiera en otras manos, por puras y celosas que las creyese, cuanto á la asistencia del pobre se refiere. En

esta, como en la mayor parte de las cosas, *in medio stat virtus*.

¿Y cómo podríamos abogar por la no intervención absoluta del gobierno en las obras caritativas y por el completo monopolio de estas por la caridad privada y por las corporaciones religiosas ó laicas, nosotros que conocemos los peligros que el ejercicio de la pública trae consigo, en especial en circunstancias anormales, y sobre todo hoy que tantas prevenciones se han suscitado, que se han levantado tantas calumnias contra las asociaciones caritativas hasta por los mismos gobiernos, hoy que tanto se trabaja en establecer un antagonismo entre el rico y el pobre, en sembrar odios entre el pueblo y el clero? ¿Cómo podríamos ser partidarios del monopolio de la caridad nosotros que sabemos que nuestros antepasados, á pesar de su religiosidad y de la confianza que les inspiraban las asociaciones caritativas, jamás dejaron de tomar una parte en sus obras y en la dirección y administración de los hospitales, hospicios y demás establecimientos de beneficencia, ora fuesen de fundación particular, ya del clero, ya de los municipios?

Pero la experiencia os dirá que cuantas veces la pública beneficencia ha pretendido divorciarse de la caridad cristiana, cuantas ha querido prescindir para sus obras encaminadas á la educación, mejoramiento y asistencia del pobre, así á domicilio como en los establecimientos benéficos, de las asociaciones caritativas laicas ó religiosas, ha tenido que echarse de nuevo en brazos de aquella y que implorar los auxilios de estas, perseguida por el remordimiento de los males que ha causado, y por el clamoreo y las amenazas de los pobres, á quienes las mas de las veces no ha podido dar el pan á que se les habia hecho creer que tenían derecho, y jamás el amor de que sienten tanta mayor necesidad cuanto mas les alejan del mundo lo grande de su miseria.

JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.

CRÓNICA.

El domingo de Quincuagésima recibió su santidad nuevos testimonios de amor de los romanos. En el primer salón del Vaticano y en buen orden estaban colocados los educandos de las escuelas de la tarde. Uno de ellos leyó al padre santo una tierna poesía, á la que su santidad contestó con dulces y animosas palabras.

En el salón de guardias estaban las hermanas de la preciosa Sangre, maestras infatigables y entendidas de un buen número de niñas romanas. En fin, en la gran sala ducal estaban reunidos desde la mañana los feligreses de san Celso y de san Salvador *in lauro*. Hombres, mujeres y niños estaban allí esperando al padre santo, el cual llegó poco

antes del mediodía. En el momento, de aquella multitud se escaparon exclamaciones de aplauso y gritos de amor y veneración. Los jóvenes cantaban un himno; el arcipreste de san Celso se acercó al trono pontifical y leyó un mensaje, fiel expresión de los sentimientos de aquella muchedumbre. Después se cantó otro himno. Entonces el padre santo se levantó; su palabra, siempre fácil, era quizás más conmovida que otras veces. Hé aquí el discurso traducido de la *Voce della Verità*:

«Los sentimientos de amor que vuestro párroco me ha significado en vuestro nombre son tanto más agradables á mis ojos cuanto estoy convencido de que son sinceros. Yo los acepto con singular alegría y como un verdadero consuelo, en medio de esta guerra que han empeñado los enemigos de Dios y en la horrible situación en que nos encontramos.

Sin embargo, del evangelio de hoy bien podemos sacar alguna esperanza. Jesucristo descubrió á sus discípulos que debía ir á Jerusalem, donde le aguardaban la traición, los ultrajes, los golpes y la sentencia de cruz, pero añadía para fortalecerlos: «Yo resucitaré al tercer día. El tercer día yo resucitaré gloriosamente y os abriré á todos las puertas del cielo.» Nosotros esperamos también que el fin de estos dolores está próximo. Tengamos también nosotros confianza en que la misericordia divina ha de sacarnos á todos de la tribulación en que estamos.

Esta música que continuamente estoy oyendo me vuelve la esperanza, porque después de las catástrofes que el Señor ha permitido que vengan sobre nosotros, nos hemos dicho: *suspendimus organa nostra*.

El Señor lo quiere, y lícito nos es ver en ello un presagio de sus próximas bondades. El Señor es demasiado misericordioso para permitir largas aflicciones, él que ha escrito estas tiernas palabras: *Yo os daré lágrimas con medida*. Sí, el Señor da lágrimas, pero con medida, y como un buen padre que no quiere ver á sus hijos alligidos por largo tiempo.

Jesucristo nos da otra lección en el evangelio de hoy. Yendo camino de Jericó, un ciego, que oyó el rumor de la multitud que pasaba y supo que aquel era el Cristo, comenzó á gritar: «Hijo de David, ten piedad de mí.» Y fué oído y recobró la vista. Vosotros habéis gritado también: «Hijo de Dios, ten piedad de nosotros.» Vosotros lo decís en vuestras oraciones particulares; vosotros lo repetís en voz alta en las iglesias, que no son por cierto respetadas. Vosotros habéis invocado la ayuda de Dios, y ahora la invocáis con todas esas santas obras que oponéis á las obras de iniquidad de sus enemigos. Con estas escuelas buenas y esta enseñanza cristiana os oponéis á esas escuelas del error que se dicen evangélicas; á las fuerzas del ingenio oponéis la piedad y el fervor del cristiano.

Sí; las oraciones y las buenas obras hacen violencia al Señor, y si bien se nos oculta el momento de su misericordia, esperamos que no esté lejos. Acaso sea la prenda esta bendición que voy á daros. Sí, Señor, bendecid á este pueblo, bendecid á todos aquellos que me habéis confiado; que ninguno de ellos se pierda. Bien puedo decir con el divino Maestro: «Señor, de todos aquellos que me habéis confiado ninguno ha perecido sino el hombre de perdición.» Hay en verdad numerosas excepciones, porque hay hombres sordos á la voz de Dios, sordos á los remordimientos, sordos al temor de la justicia divina, sordos á la voz misma de la prohibición ordinaria y del honor. (Aquí la voz del padre santo se conmovió más que de ordinario, y siguieron unos instantes de silencio, durante los cuales solo se oían protestas respetuosas y gemidos.) Yo os benligo desde el fondo de mi alma á todos los que aquí estáis y á toda esta ciudad tan querida, para la cual pido ardientemente las gracias del Señor. Que Él la asista para que sepa resistir á los malos ejemplos, y triunfar con sus buenas obras de las malas acciones que en ella se cometen. Que la bendición de Dios os ayude á pelear, á vencer y á triunfar, á fin de que nuestras esperanzas sean colmadas en la eterna bienaventuranza.»

La multitud arrodillada, recibió con emoción profunda la bendición del padre santo, y el padre santo enternecido se retiró ó más bien se arrancó de entre ellos después de haberlos bendecido segunda vez.

Al recibir á los sacerdotes encargados de predicar la cuaresma en Roma, pronunció el papa un importante discurso, cuyo resumen es como sigue:

«Nadie mejor que vosotros puede conocer el estado verdaderamente deplorable en que se encuentra esta ciudad desde la invasión del 20 de setiembre de 1870. Yo también sé todos los males que la afligen, porque si no veo nada por mis ojos, me informan de todo lo que pasa.

«No es necesario describir el estado actual de Roma; baste decir que ha cambiado completamente y que ha perdido su fisonomía natural: *mutatus est color optimus*. Aquí veis ofrecer á la avaricia sacrificios de toda especie, usurpaciones, injusticias, opresiones, profanaciones y tiranías; aquí veis ofrecer á la disolución sacrificios de escándalos, de abominaciones, de impurezas y de oprobios: de modo que puede muy bien decirse de cuanto aquí pasa: *fili Sion amplexati sunt stercora*.

«Esto en verdad no tiene por qué sorprenderos; pues ya varias veces Dios, que quería hacer de Roma el centro de la religión, ha permitido que sea invadida, juntamente con Italia, en castigo de no haber sido capaz de resistir al mal y de conservar intacto el depósito de la fé. Unos en pos de otros, vinieron godos, ostrogodos, hunos y lombardos; pero la mayor parte de ellos, en lugar de hacer aquí víctimas, se convirtieron á la fé.

«Acuérdome ahora de haber leído que el santo abad Columbano, al saber que los bárbaros se acercaban á su monasterio, congregó á sus religiosos y les mandó pasear procesionalmente al rededor de aquella santa casa todas las reliquias que habia en ella, encargándoles que observasen luego lo que pasara; y en efecto, vieron que los bárbaros al advertir aquel sagrado espectáculo, se atemorizaron y retrocedieron. Sé muy bien que los tiempos no son hoy propicios para esponer de este modo las reliquias de los santos; pero con todo, necesario es que resistamos también nosotros á la invasión, que si no podemos impedir el mal tratemos al menos de disminuirlo.

«Para esto, me dirijo en primer lugar á los párrocos. Vosotros, les digo, que tratáis de cerca á los jóvenes, derramad gota á gota en sus almas la verdadera doctrina; confirmadlos en la fé, haced lo que hacia el cardenal Reginaldo Bono, el cual no pudiendo otra cosa para remediar los daños que también en su tiempo pervertían á la ciudad de Roma, reunía en una casa el mayor número de jóvenes que le era posible y procuraba iluminarlos, instruyéndolos en las cosas de la fé y en las prácticas de la virtud.

«Cuando habéis al pueblo, decidle con todas vuestras fuerzas: *non licet, non licet*. No; no es lícito asistir á ciertas representaciones, en que se escaruece á los sacerdotes y las cosas más santas de la religión: no, no es lícito á los padres mandar á sus hijos á ciertas escuelas, cuyos maestros ó son ateos y materialistas, ó son algo peor que eso: no, no es lícito leer ciertos periódicos emponzoñados que corrompen el corazón: no, no es lícito pararse á mirar ciertas estampas en que rebosa la malicia...: no, no es lícito ir á escuchar ciertas lecciones evangélicas, que mejor debieran llamarse diabólicas: *non licet*. En una palabra, apartad al pueblo del mal, atraedle al bien, recomendándole sobre todo las asociaciones católicas que se han establecido en esta ciudad con tan gran provecho de las almas.

«En cuanto á vosotros, predicadores, me limito á decir: predicad lo que teneis en el corazón, es decir, á Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida: decid á los fieles que siendo Jesucristo el camino á él solo deben seguir, que siendo Jesucristo la verdad á él solo deben escuchar, que siendo Jesucristo la vida de él solo han de esperar la verdadera salud. Dice san Juan Crisóstomo que cuanto es más grande la tribulación, tanto más viva debe ser la confianza en la recompensa prometida. Pues bien: peligros y tribulaciones nos rodean por todas partes; nos vienen peligros de los falsos hermanos; decid pues á los fieles que os escuchan, hoy perseguidos y espuestos á tantos riesgos, que no olviden las promesas de Jesucristo, y sentirán junto con la esperanza el deseo de imitarle en sus padecimientos.

«Para concluir, os mostraré á todos al mismo Dios cru-

cificado, y por todos vosotros le dirigiré esta oracion: (Aquí el papa se arrodilló ante el Crucifijo y parafraseó la oracion siguiente:)

«*Deus qui nos in tantis periculis constitutos pro humana scis fragilitate non posse subsistere, da nobis salutem mentis et corporis, ut ea quæ pro peccatis nostris patimur, te adjuvante vincamus.*»

El papa ha decretado la canonizacion del bienaventurado Bernardino de Feltria, declarando que sus virtudes llegaron al grado heroico.

El Sr. Goulard, dice la *Voce della Verità*, destinado á representar á Francia en Roma junto á Víctor Manuel, permanece en Versalles de ministro del Comercio. Un telegrama posterior anuncia que no le nombrarán sucesor hasta que se discuta la peticion suscrita por ciento ochenta mil católicos franceses que no quieren un ministro de Francia en Roma junto al rey de Cerdeña, de Chipre y de Jerusalem. El señor Visconti-Venosta debe de haberse quedado algo sorprendido de este ligero contra tiempo, y dícese que prepara un pequeño desquite.

Nunca habíamos dado nosotros gran importancia á la presencia ó á la ausencia de Roma de un representante del gobierno de Thiers junto al rey Víctor Manuel, pero entretanto hagamos constar que el mismo Thiers se vé obligado á bajar la frente delante de la opinion pública de una gran nacion en favor del papa, delante de esa opinion pública tan escarnejada y á veces tan invocada para combatir el pontificado. ¡Oh! ¡si otras naciones fueran libres para manifestar su opinion general en este asunto!

En la sesion del 10 de febrero M. de Bismark declaró que no quiso asegurar que la fraccion del centro estuviese en connivencia ostensible con los polacos, y que solo manifestó su disgusto al ver al clero católico de Alemania de acuerdo con la nobleza polaca para combatir al elemento alemán. Añade que en todas partes el clero católico abraza sentimientos nacionales, y que en Alemania manifiesta tendencias internacionales demostrando mayor solicitud por los intereses de la Iglesia romana que por los del imperio. Despues declara M. de Bismark que está firmemente adherido al vital principio de la fe cristiana, razon por la cual considera por su parte como un deber la proteccion de las bases fundamentales del estado contra los ataques de los republicanos, lo mismo que contra todos los ataques que puedan venir de cualquier lado.

La propaganda en favor del papa, que es tan viva en las naciones católicas del continente, se arraiga cada vez mas entre los católicos ingleses. Y sobre todo se personifica en una asociacion nueva, titulada: la liga de *san Sebastian*. Esta asociacion está compuesta de ex-zuavos del papa ingleses é irlandeses. Dispone de un excelente periódico, *el Cruzado*, y la presiden y dirigen algunos de los mas distinguidos católicos del pais. No sé cuales serán los destinos de esta nueva asociacion; pero á juzgar por su comienzo, está destinada á desempeñar un papel muy útil bajo el punto de vista del desenvolvimiento del catolicismo en la Gran Bretaña. Es un centro poderoso de fé y de propaganda que desde ahora le atrae muchos nobles corazones y espíritus elevados. Levanta francamente la bandera en favor del papa, sin temor á las preocupaciones protestantes. ¡Cuánto han cambiado los tiempos! En la época del gran O'Connell no habria sido tolerada una liga como la de *san Sebastian*. El fanatismo anglicano se habria alarmado y hubiera suscitado contra ella las pasiones populares. Hoy esa Liga existe, habla, escribe, obra, y en parte alguna encuentra hostilidad.

Leemos en un periódico que D. Manuel Nuñez de Prado, de familia distinguida, misionero protestante, educado en el seminario de Ginebra, licenciado en teología en el mismo seminario protestante, y en filosofía y letras en la Universidad central de Madrid, profesor de lenguas griega, árabe, in-

glesa, francesa y latina, ha vuelto al gremio de la Iglesia católica, y está pronto á hacer pública abjuracion de los errores de su secta, y que se hallan en igual disposicion otros varios protestantes de alguna importancia, cuyas abjuraciones se anunciarán al público con anticipacion.

Hace pocos dias que en la capilla del Saladero de Madrid hizo su abjuracion un calvinista, convertido por la santa insistencia de una hija suya y por el celo de algunos sacerdotes.

No contenta la Asociacion de católicos de Madrid con difundir la enseñanza entre millares de niños que diariamente asisten á las muchas escuelas por ella fundadas, ha emprendido la tarea de dotar de templos á los vecinos de las afueras, que se ven por falta de ellos privados del alimento espiritual tan necesario á las almas.

En este caso se encuentran los habitantes del barrio de los Cuatro Caminos, que cuenta con un caserío desparramado de una estension de dos kilómetros, distante otros dos de la iglesia de Chamberí.

La caridad, que nunca falta á los pechos españoles cuando en estas obras se trata, ha empezado ya á procurar los medios de realizar esta santa obra, y gracias á los generosos ofrecimientos de algunos propietarios, la seccion de Chamberí de la Asociacion de católicos cuenta ya con los terrenos necesarios para hacer la edificacion.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

FORTALEZA CRISTIANA.

Con la fácil dición y sencilla elocuencia que acostumbra examinó el respetable sacerdote D. Miguel Coll cual era en estos tiempos la posicion de los católicos comparada con la de la cristiandad primitiva, deduciendo que no por disimulada é incruenta la persecucion era menos formidable ahora que entonces; enumeró los deberes que nos imponen las circunstancias, fijándose principalmente en el vigor moral, en la solicitud, en la fortaleza de que tan gloriosos ejemplos nos dieron aquellas edades; reprendió la escasa mortificacion, los pusilánimes temores, las mal sufridas quejas en que tan amenudo incurrimos, impacientando á Dios, por decirlo así, para que abrevie el plazo de la prueba, como si nos creyéramos acreedores á sus mercedes y cuidando poco por otra parte de merecerlas, mas atentos á deplorar los males públicos que de enmendar nuestros pecados particulares. Fué en suma su discurso una conferencia moral sumamente provechosa, de que anda el espíritu ya sediento en medio de tanta copia de disertaciones como resuenan por todas partes, las cuales si bien ilustran, conmueven y recrean, tienen poca ó ninguna aplicacion á la reforma de costumbres.

Esta noche perorará D. Juan O'Neill sobre *la igualdad regida por la moral divina*.

Con el próximo número se repartirá la portada é indice del tercer tomo de la UNIDAD que concluye con el presente. Tambien se distribuirá en la próxima semana la 10ª entrega de los *Ensayos Políticos* del Sr. Quadrado, correspondiente al pasado diciembre.